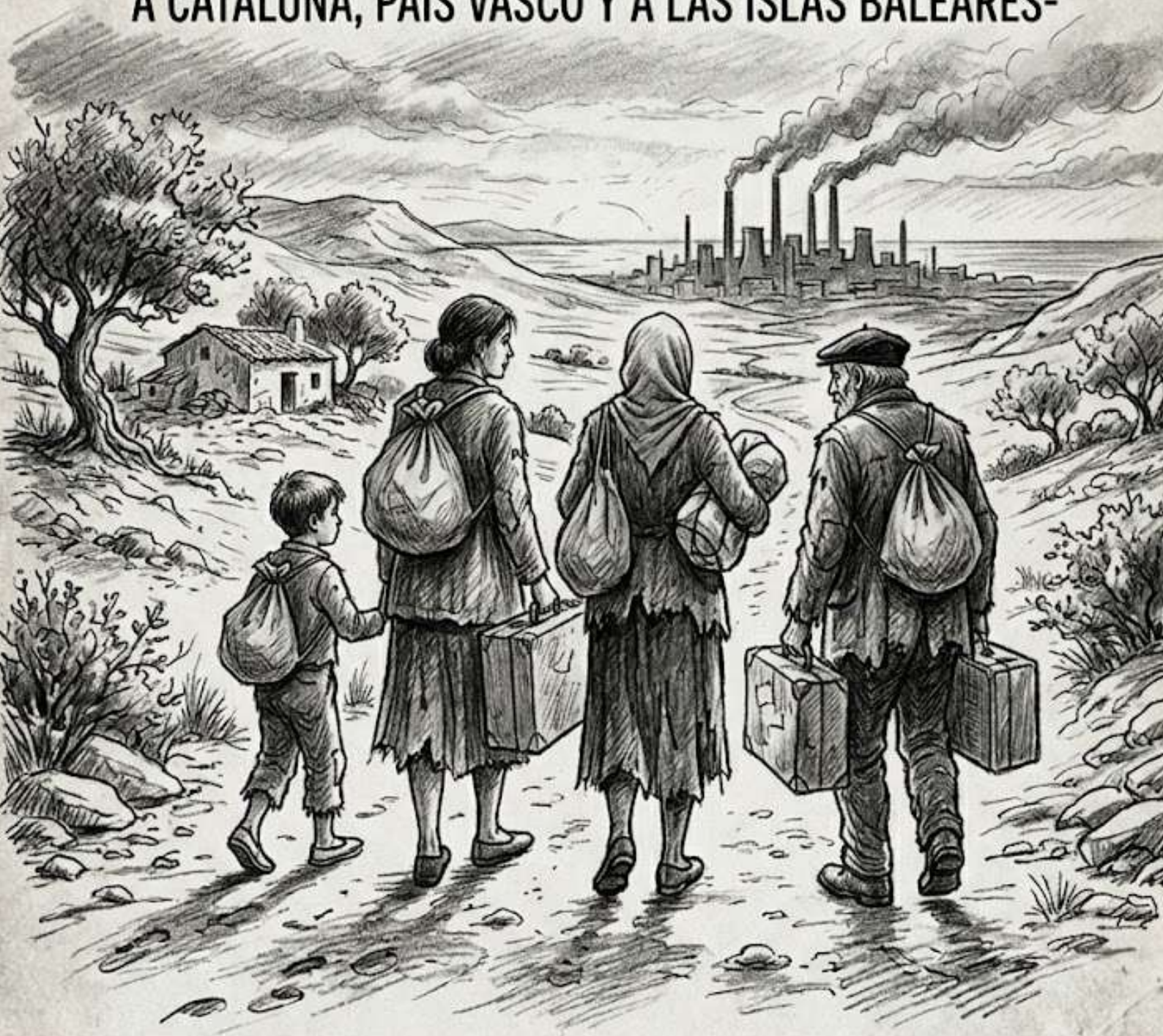
UNA MANO ATRÁS Y LA OTRA DELANTE

-LA EMIGRACIÓN DE LAS FAMILIAS RURALES A CATALUÑA, PAÍS VASCO Y A LAS ISLAS BALEARES-



A. CABALLERO

Este relato lo escribió nuestro padre en el verano de 2022, con la memoria y el lenguaje de quien vivió aquellos años. Estamos ante uno de los últimos textos que escribió.

Sus hijos.

UNA MANO ATRÁS Y LA OTRA DELANTE

-LA EMIGRACIÓN DE LAS FAMILIAS RURALES A CATALUÑA, PAÍS VASCO Y A LAS ISLAS BALEARES-.

Yo tuve un amigo, que era paisano que se llamaba Manuel Ortega Salas, y de mote le pusieron "Zurdillo", que era más conocido por Manolico el de Los Álamos. Este Manolico en su juventud, allá por los años 50, se hizo firme comunista, y no había manera de hacerle retroceder de su ideología. Tenía un estimable baño de cultura y era lector empedernido de libros marxistas, hasta que allá por los años 80 cuando ya había hecho muy buenos dineros en Cataluña, como constructor, decidió junto con sus mujer, que era de Fuenteclara y muy de derechas, hacer un viaje a Rusia para ver *in situ* el aire que se respiraba en el país de sus sueños, y cuando volvió después de una larga estancia en aquel país, cambió radicalmente de ideología al ver lo que vio allí en el país de sus maravillas. Y se volvió, no simplemente de derechas, sino muy a la derecha, y decía que lo que allí había era algo peor que el infierno. Porque aún no había caído el muro de Berlín y el régimen que imperaba era plenamente totalitario. Y ya jamás volvió a sentir pasión por la ideología marxista, pues maldecía el tiempo que, torpemente, había creído que Rusia era el centro del Edén. Este hombre muy amigo mío -repito-, fue junto con un pariente mío conocido por "El Polaco", pionero en emigrar a Cataluña, donde hizo dineros, como tenemos señalado, en la construcción. Este amigo que estaba muy bien impuesto en cuanto al éxodo que se produjo de andaluces a Cataluña, me informó ampliamente, cómo fue la enorme emigración a Cataluña. Y ahora yo voy a intentar narrar lo que este amigo me contara en repetidas ocasiones, y también con la experiencia que yo tengo del corto tiempo que estuve allí, voy a intentar -repito- recordar y plasmar aquí algunos detalles de sobre el caso que nos ocupa.

Leí una vez que, por los años 60 de nuestro pasado siglo XX, cerca de un millón de andaluces, sin hacer mención de los gallegos o extremeños, emigró a Cataluña, al País Vasco, a Baleares y a otros lugares de España más desarrollados. Irse de la tierra que te vio nacer y crecer, debía ser algo así como morir un poco. Dejar atrás la familia, la casa, el pueblo... Llevando en el pensamiento que algún día se volvería... Cerrar las maletas. Dar un beso a la madre y subir a un tren, viajar en El Correo Catalán. Partir en busca de un futuro mejor. Todo esto te recordaba la canción *El Emigrante* del mejor cantante flamenco de toda España, Juanito Valderrama, pero este emigrante era con rumbo al extranjero: a Alemania, a Suiza, a Bélgica, a Francia y a otros países de Europa. Había, pues, una razón básica para marcharse de tu pueblo: el trabajo, el porvenir, las oportunidades. Cataluña fue, en la década de los cincuenta, los sesenta y los setenta, *la tierra prometida*, para miles de andaluces, gallegos y extremeños. En 1930 unos 70.000 andaluces vivían en suelo catalán. Cuarenta años más tarde, en 1970, la cifra superaba los 800.000, más un millón con los hijos ya nacidos allí. Es decir, casi la mitad del total de los andaluces que salieron de su tierra en la segunda mitad del siglo XX, unos dos millones de personas, se instalaron en Cataluña, a la que alguien le llamó, acaso de forma exagerada, *la*

novena provincia de Andalucía. La emigración andaluza es, sin duda, uno de los grandes fenómenos demográficos del siglo XX en España. Pero quedan muchos interrogantes. ¿Por qué tanta emigración andaluza? ¿Y por qué preferentemente a Cataluña? ¿Cómo les fue? ¿Por qué una gran mayoría de los que marcharon nunca más regresó? Paradójicamente, hasta entonces, emigrar no era *una tradición andaluza*. Sirva como ejemplo lo anterior que, en Suramérica, la imagen del emigrante español está vinculada al gallego, no al andaluz. El fenómeno migratorio está en el éxodo rural a Barcelona, vivido en la provincia de Almería, a causa de la decadencia de la minería y las viñas. La acogida de los emigrantes *no fue precisamente una luna de miel*. Las autoridades les acogieron con cierto recelo, los alojaron en infraviviendas e, incluso, llegaron a poner en marcha una política organizada de expulsiones. (Unos 15.000 entre 1952 y 1957). Los empresarios -me seguía contando mi amigo- los acogieron satisfechos por poder pagarles poco. Y los obreros catalanes desconfiaban de la dura competencia, en tiempos de bajos salarios y malas condiciones de trabajo. Fueron los propios emigrantes quienes se integraron entre transformando los suburbios en barrios y escalando posiciones a producir en la escala socioprofesional de la industria local. Al principio, la conexión con catalanes que no fueran autoridades, empresario o sus representantes sólo pudo producirse con fluidez en el trabajo. El segundo escenario fue el de la asistencia social y el asociacionismo confesional católico que había quedado en pie tras la represión franquista. No fue una historia sencilla y nadie podría jurar a día de hoy que sea un tema completamente cerrado, aunque las pintadas hayan desaparecido y los choques entre comunidades afecten en el presente a menos emigrantes, llegados de lugares más lejanos. Los emigrantes, tanto andaluces, como gallegos o extremeños, se asentaron en los barrios más humildes de Barcelona, como lo eran, (y lo son), El Carmelo, Pueblo Nuevo, La Barceloneta, El Besós y otros. Un número importante de ellos, se repartieron en los pueblos más emblemáticos de la provincia, como Rubí, Sabadell, Granollers, Tarrasa, Gavá, Santa Coloma, Cornellá de Llobregat, Hospitalet de Llobregat, Badalona, etc. Tanto los que se quedaron en Barcelona capital como los de los pueblos no tuvieron una morada digna, (como ahora se suele decir que tiene derecho todo español), ya que en la mayoría de los casos hubo hacinamiento, es decir, que en una habitación de regulares dimensiones, se alojaban hasta seis miembros de una misma familia de ambos sexos y de distintas edades, si no acogían también a un paisano solitario que no tenía donde cobijarse. Otros tuvieron menos suerte y tuvieron que albergarse en barracas, chozas, o tugurios montados con adobes, latones y uralitas.

También tuvieron que acostumbrarse a ver y vivir las horas matutinas y vespertinas, es decir, a madrugar para ir al trabajo, que algunos lo tenían a 20 kilómetros de donde tenían su estancia, y a trasnochar para llegar a sus aposentos después de haber cumplido la jornada de trabajo. Tuvieron que acostumbrarse asimismo a pisar sobre el asfalto y adoquines de piedra labrada y a olvidarse del camino o sendero de tierra y polvo de su pueblo, aldea o cortijo. La semana de trabajo era entonces de lunes a sábado, porque aún no se había implantado lo que después se conoció como semana inglesa, que era y lo es, de lunes a viernes, y que ya se observa en la mayoría de los trabajos de toda España. (En la industria, en el comercio, en el campo y en todos los organismos oficiales. Para ir y venir de los trabajos tuvieron que acostumbrarse a tomar distintos medios de transporte: tranvía, metro, autobús y otros. En los áticos, terrazas, ventanas y en las puertas de las barracas, se veía cada domingo, por las mañanas, abarrotadas de ropa,

tanto femenina como masculina, tendida oliendo a lejía. El pollo de granja, (que no el de corral), también tuvo su auge, pues en cada casa o habitáculo de los emigrantes, su comida habitual, de cada domingo, era la paella con el susodicho pollo, porque el día de domingo el pollo con arroz seco no podía faltar en casa alguna de los emigrantes, pues hasta el cantante "Ramocín", se moteó, asimismo, *El rey del pollo frito*. En la Barcelona de los 60, sí que había olores diversos y desagradables en todas las calles de la ciudad, principalmente donde moraban los emigrantes: olía a gomas quemadas, a bolas de alquitrán en los fogones, a lejía o zotal, como desinfectante, diversas frutas medio putrefactas que se vendían en el mercado más emblemático de Barcelona, que se llama El Borne. Olía también a comistrajos raros, a gasolina quemada de tantos y tantos vehículos de toda clase. El agua olía a cloro, pues yo en el poco tiempo que estuve allí por los años 60, no pude saber por qué le echaban tanto cloro al agua, que apestaba a más de cien metros de distancia. Las mañanas de los domingos se veían las señoras de los emigrantes con sus carritos de la compra y las cabezas como un meteorito cargado de rulos de plástico de diversos colores, para rizarse el pelo, gritando más que hablaban, cuando por la calle se topaban con alguna paisana, pero siempre con prisas, con mucha prisa, porque tenían que preparar el arroz con el imprescindible pollo de granja, todos, o casi todos de plumaje blanco, pero de un blanco sucio y deslustrado. Estos pollos se veían colgados del pico, tenían los ojos cerrados, obviamente, y los párpados del pollo muerto tenían un color azulado, apagado. La piel de estos pollos, ya se sabe, estaban sembradas de verruguitas blancas y las patas cubiertas de abundantes escamas y los pollos mayores se les veía unos puntiagudos espolones, en la parte posterior de la pata. Y la tesura de la pata era lisa, abrillantada, el color amarillento.

Y a estas señoras las llamaban los catalanes las *marujas charnegas* o *xarnegas*, que querían decir forasteras en tono despectivo. Aunque etimológicamente la palabra charnego viene a decir que es un perro de caza.

Y en los barrios obreros donde moraban, mayormente los andaluces, en cada terraza, ventana y en algún balcón, o en una esquina de las barracas, ponían la radio a todo volumen, con las coplas más en boga del mítico Manolo Escobar, como *La minifalda*, el *Porompompero*, o *Mi carro*, y otras muchas más, y se apreciaba muy bien que allí había alegría, que allí había andaluces, que somos los más juerguista, los más jaraneros, los más alegres y folcloristas de España entera. Sin embargo y pese a que los primeros emigrantes andaluces se fueron a Cataluña con una mano atrás y la otra por delante, y pese a todas las vicisitudes y peripecias que tuvieron que arrostrar, y pese también a que los catalanes no los recibieron con alfombra roja, los hijos de aquellos primeros emigrantes, con voluntad, afán y dedicación, supieron escalar puestos en sus respectivos trabajos y adquirir conocimientos socio-laborales para ocupar puestos de prestigio tanto en la empresa privada como en la empresa pública o estatal, porque en Andalucía hay alegría, sí; pero también hay hombres con talento, capacidad, aptitud y afán de lucha para abrirse camino en la vida con dignidad y profesionalidad.

Diezma-Granada, agosto, 2023.

A. Caballero